

LA METÁFORA DE VYGOTSKI EN LOS PACTOS DE LA AURORA

Miguel Veyrat

*Fácil es el descenso al Averno;
Noche y día está abierta la puerta del negro Plutón,
Pero volver sobre los pasos, hacia arriba y al aire,
Es duro trabajo, duro esfuerzo.*

Virgilio

Eneida, Libro VI, 126-129

Es muy posible que el apotegma alquímico o “verbum magistri” *Ars totum requirit hominem*, que pretende que el “Arte” requiera la totalidad del hombre para ser una realidad palpable y no solamente para su creador, se lo debemos a Zósimo de Panópolis —discípulo de Demócrito¹, de María la Judía, hermana de Moisés según algunas tradiciones, y de Agathiodemon, maestro asimismo del gran Hermes Trismegisto—, el cual dedicó su vida a la búsqueda de la clave del secreto de la realización del hombre.

Pero en arte ²como en “filosofía” todo es contradictorio, y además efímero, aunque se plasme en palabras, en formas, volúmenes o colores que puedan después ser impresas en libros, empastadas en colores sobre lienzos o paredes u ocupando el espacio con sus espesos significantes. Es el pensamiento el que se escapa. El lector habrá encontrado a lo largo de las páginas de ensayos míos anteriores, el fragmento del poeta bíblico Isaías que tanto emocionó al Vygotski de 16 años cuando publicó su primer y genial ensayo dedicado a Hamlet³, aunque tan sólo le dedicase una nota a pie de página, la número 82, respetando la traducción de *La Vulgata*: <<Onus Duma. Ad me clamat ex Seir-Custos, quid de nocte?, Custos, quid de nocte? Dixit Custos: Venit mane, et nox; si quaeritis quaerite; convertimini venite>>⁴. Y ello es que muchas veces no solamente la noche se funde y confunde con el día en el “cotidiano círculo cerrado del tiempo”, sino que es preciso regresar a lo que produjo esa hora —ese instante, mejor dicho— “la más confusa e incierta, el límite imperceptible entre la noche y el día”.

¹ Bolo de Mendes, el gran alquimista tomó ese ilustre pseudónimo.

² Por supuesto que el de Panópolis se refiere al “Arte Real”, a la propia Alquimia en el nombre que le daban sus adeptos. Nosotros utilizaremos aquí la palabra en el sentido de cualquier actividad humana dedicada a la creación de cosas bellas, sin perder de vista el propósito transformador de la materia que impregnaba toda la práctica alquímica.

³ Psicología del Arte, Barral, Barcelona 1970

⁴ Isaia XXI, vers. 11-12. Estos versículos pertenecen al oráculo sobre Edom: “Dadme voces desde Seir: Centinela, ¿Qué hora es de la noche? El centinela dice: Viene la mañana y también la noche. Preguntad si queréis, volved a venir.”

Y si es preciso, se debe volver a preguntar al centinela, testigo inane del *Nachtseite*, del misterio. Y volver a hacerlo una y otra vez, lo que equivale a decir leer de nuevo, y volver a leer, a observar y reflexionar sobre lo contemplado o entrevisto: Todas las veces necesarias hasta entender que existe un momento en que ha llegado, sí, el día, pero también es de noche. Y que todo posee dos significados, uno visible y simple, otro insólito y profundo.

“En esta hora, nos dice Vygotski, en que todo se muestra vacilante, confuso e inestable, no existen sombras en el sentido habitual de la palabra: imágenes de objetos iluminados proyectados sobre la tierra. Pero percibimos las cosas como si fueran sombras; todo posee su lado nocturno (...); la hora en que se descubre el abismo nocturno, sobre el que se eleva el mundo del día, *la hora de la noche y el día*”.

Allí no existen sombras. Es el momento de máxima limpieza del espíritu —diríamos *pureza* si la palabra no estuviera devaluada por el excesivo uso de los profesionales de las religiones—, de la transparencia; por un instante, el individuo se ha despojado del hondo contenido onírico que los boscajes (y también los claros del bosque, *les sommières*) de la noche han sembrado en su conciencia. Es como si naciera de nuevo.

Después vendrán las sombras, vendrán los pensamientos relativos a lo cotidiano, a lo interior referido a lo cotidiano, y llegarán también las palabras: *El pensamiento puede compararse a una nube que arroja una lluvia de palabras*, añadirá Vygotski en 1934, y las gotas de esa lluvia, añadamos nosotros que se convertirán en los signos, letras, volúmenes o colores, multitudes de *arco iris*, que solamente tendrán significado para el autor de la nube —¿El propio *Centinela* “a quien hay que preguntar”?⁵—, pero que podrán empapar a otros, aunque sin que pueda repetirse jamás ese “microcosmos de la conciencia humana” por muy común y reconocible por otros que pueda ser el lenguaje llovido bajo las nubes, y que penetra la tierra negra y virgen, el *opus nigrum* que se ha realizado misteriosamente en ese instante que describimos. *Bajo las nubes*, *bajo las maravillosas nubes* como diría Rimbaud y repetiría años después, reflexionando sobre ello, el suizo Jaccottet en su libro *Pensées sous les nuages*⁶.

Pero ¿Qué sucede? ¿Por qué desde tiempos inmemoriales algunos hombres que se llamaron a sí mismos alquimistas, o sea “expertos en lo oscuro”, pensaron que la síntesis de los opuestos se daba en un momento determinado, cuando se operaba aquello que llamaron *opus nigrum*? El momento en que María, la oscura tierra del campo —asimilada heréticamente al Espíritu Santo concebido como *Sophia*, puesto que fue el intermediario en el nacimiento de la carne y de este modo hizo posible que se manifestara la divinidad

⁵ El hombre no puede cruzar como un dios el puente del arco iris, sino que debe pasar por debajo con los medios de que dispone, los de la reflexión.

⁶ Calima Ediciones, Palma de Mallorca, 2001. Trad. M. V.

luminosa en la oscuridad, como nos dirá Jung en sus *Símbolos oníricos del proceso de individuación*⁷—, <<aquella tierra virgen todavía no regada por la lluvia>> en palabras de Tertuliano⁸, alumbra incontaminada por el inconsciente esa síntesis de los opuestos. ¿Es la Aurora acaso?⁹

¿Y ese misterioso *Opus Nigrum*? La tentación es grande, y no resisto remitir al curioso lector a las notas finales de mi libro *La Voz de los poetas* (Calima Ediciones, Palma de Mallorca 2002), sin necesidad de que las busque en las páginas precedentes: << [...] *Quando in tua domo/ nigra corvi/ parturient albas columbas/ tunc vocaberis Qui scit/ comburere aqua/ et lavare igne/ facit de terra/ cælum/ et de cælo terram/ pretiosam. Si feceris volare/ terram super/ caput tuum/ Eius pennis/ aquas torrentum/ convertes in petram [...]* (Cuando en tu morada, los negros cuervos engendren blancas palomas, entonces te llamarás Aquél que puede quemar con agua, lavar con fuego. Si haces volar la tierra por encima de tu cabeza, sus alas trocarán en piedras las aguas de los torrentes (...)>>

Metáfora del *Opus Nigrum*, este antiquísimo texto —incompleto— describe la fase de disolución y separación de la materia que precede a la consecución de la *Gran Obra*, y simboliza las pruebas supremas del espíritu en su proceso de liberación y adquisición de su *conciencia*. <<Los alquimistas siempre tuvieron presente que “el corazón de la luz es negro” >>. Y que, como también dijimos más arriba, adivinaron las posteriores formulaciones derridianas estableciendo el vínculo entre metafísica y metáfora tomado en su momento inaugural —la metáfora platónica del Sol, donde la luz ya se ha desdoblado y el Sol metafórico del conocimiento es tanto el Sol sensible cuanto el Sol ultrasensible, invisible—. Desde este punto de vista, pienso yo que cobra mucho mayor sentido el tema que nos ocupa, como vamos a ver enseguida¹⁰.

Creo que el momento descrito por Isaías y recogido por Vygotski, quien se quejaba de que ninguna gran obra hubiese crecido en exclusiva para cantarlo, podría ser el de la creación artística en que la Musa deja de estar enferma, aliviada ya por la esperanza inminente del primer rayo de luz que anuncia la recomposición de Horus, y pronuncia el primer verso —que según algún poeta es otorgado siempre por los dioses—, al

⁷ *Psicología y Alquimia*. Obras Completas, t. XII. Cap.II, Trotta 2005, trad. Alberto Luis Bixio.

⁸ <<Illa terra virgo nondum pluviis rigata>>, Tertuliano (3), XIII

⁹ Aún a riesgo de ser prolijo, añadiré que la propia palabra Alquimia —*Al-kemiya*— significa “la negra”, la “tierra negra”, la del delta del Nilo, que invade la superficie árida, la fecunda, la transforma en “negro perfecto”, tanto que Egipto fue llamado Kemia por Plutarco de Queronea, <<como a lo negro del ojo, y lo comparan con un corazón>> (Plutarco de Queronea, *Isis y Osiris* 364 D). Corazones que —quieren las tradiciones cristianas españolas— han sido descubiertos en el interior de árboles huecos en los claros de los bosques por pastores que los rescataban de las supuestas profanaciones a que hubieran supuestamente sometido sus imágenes los paganos o los “moros”. Imágenes, lo más seguro, representando a Isis con Horus en brazos, niño-dios del silencio y vengador de su padre. Lo cual podría escandalizar a cualquier devoto de tal o cual “Moreneta” hispana o polaca, pongo por ejemplo.

¹⁰ Añadamos que una de las grandes novelas de Margueritte Yourcenar lleva precisamente el título nada gratuito de *Opus Nigrum*, Alfaguara, Madrid, 1982.

cuajar a su calor la sangre de su hijo descuartizado por el anochecer. El resto dependería de la profusión de sombras que el contenido onírico de la noche haya podido dejar latentes en el alma del poeta, el pintor, el escultor y —sólo a veces, cuando se deja ganar por el pensamiento no dialéctico, anterior a “la razón”— el filósofo, participe del mismo “asombro” ante el mundo que el creador de cualquier otra arte, y que sólo consigue traerlo a la vida con trabajo, con duro y constante “esfuerzo” (Virgilio).

El arte jamás es “gratuito” ni surge “como epifanía”, aunque sí como “celebración”. Lejos de inclinarse como sendos Magos para adorar a cualquier improvisado Rey de Reyes provocando un estallido de gozo, los esfuerzos de autor y lector se aúnan en hallar un “acuerdo” en que se iguale el ritmo de sus corazones en el estar en el mundo. No otra es la felicidad que lejos de la fría y estúpida “belleza” exhibida por algunos productos que los surrealistas llamaban “municipales”, experimenta el lector u observador de la obra al hallar que siente al unísono con el creador y que ese ritmo puede ser experimentado al mismo tiempo y en distintos momentos —incluido el mismo sujeto, cuantas veces quiera y pueda— por otros individuos con los que se sentirá hermanado en un movimiento universal.

El conjunto deberá ser escrito o grabado —lo escrito asegura la inmortalidad, según la Tradición—, pero también leído o contemplado por todos los posibles lectores de la Obra a lo largo del desarrollo de la luz del día, desde ese Orto ya descrito y que sigue a la simbiosis entre noche y día hasta el Ocaso, pasando por el mediodía *que todo lo calcina*. Y nos atreveríamos a asegurar que al carbonizarse proporciona una “vuelta a empezar” semejante al instante en que no es ya *noche y día al mismo tiempo*, pero sí “día y día superpuestos” sobre los restos de la noche, encuentro único entre Cénit y Nadir en el vástago vertical de la jornada solar que ofrece esa nueva oportunidad limpia y clara de una nueva —inesperada acaso—, fusión de los opuestos para “ver” donde las sombras han vuelto a desaparecer oportunamente, antes de empezar de nuevo su rotación y ser “reconocidas”.

Sin embargo, por mucho que profundizáramos en viejos textos y tratados que pretenden normativizar el comportamiento humano, y sobre todo controlar sus emociones, desde el *Libro de los Muertos*, la *Biblia*, la *Aurora Consurgens*, *Las Leyes*, el *Corán* o la *Imitación de Cristo*, no encontraríamos sino fórmulas, viejas fórmulas que nada sirven para entender lo que el hombre espera de su encuentro con la Naturaleza. Hace siglos que los dioses dejaron de ser intermediarios entre ella y los humanos; hace mucho que las leyendas han dejado de equivocar a los buenos poetas que ingenuamente creyeron que la claridad “de arriba viene” y la buscan individualmente y a pecho descubierto.

La claridad, si ésta es posible, nace de la conciencia del hombre, creada duramente durante el acecho de alguno de esos “momentos” o pactos aurales que suceden una sola vez en la vida de una persona, o muchas, si tal individuo es afortunado y ha aprendido a no creer en repeticiones de consejas y proverbios. Nos dice el gran Virgilio que fácil es el descenso al Averno, pues noche y día está abierta la puerta del negro Plutón, pero volver sobre los pasos, hacia arriba y al aire, es duro trabajo, duro esfuerzo.

Cierto, todo está abierto en la Naturaleza, sobre todo las puertas de lo que han dado en llamar “el mal”¹¹ quienes quieren que el “bien” consista en que obedezcamos a las normas que se han esforzado en dictar; pero la filosofía —y muchísimo menos su hijastra la Metafísica—, no son ciencias; tampoco la Alquimia, ni cualquiera de las formas conocidas de pensar el mundo, por mucho que nazcan del asombro humano ante él y sus cosas y pretendan convertir al limo en brillo, en dorada Aurora, al hombre en “santo” o su ánima en espejo de perfección.

Y alguna razón han podido tener a lo largo de la historia estos mixtificadores o monederos falsos, pues algo y alguien tenía que ordenar el caos que el hombre toma y reproduce de su Madre Natural y que actúa donde, cuando, y como quieren sus fuerzas incontrolables. Pero creyeron preciso establecer la represión como moral fundamental para dominar esa filiación honda y natural del primate predador, que un buen día se puso a pensar en pie y en alta voz: La conciencia, su creación, cuesta “duro esfuerzo” en el encaminarse hacia “arriba” —desde abajo, desde su humilde nacimiento, en el origen del cieno, del que muy bien sabía su propia naturaleza precisamente fray Juan de la Cruz, pensando que la luz le entraba exactamente por una trampilla abierta en el sobrado de su celda de la Inquisición.

La conciencia, una vez formada en ese “volver sobre los pasos, hacia arriba y al aire puro y fresco”, se encuentra e invita a establecer un pacto, en el momento descrito por Isaías o cuando la simbiosis entre luz y sombras se produce al mediodía en que Cénit y Nadir abrasan toda duda e invitan a volver a empezar, a enhebrar el camino hacia la claridad por esa siempre *angostam viam* —dicho sea abarcando todos sus significados, incluido el más escatológico. Pero dar carácter normativo a estas metáforas, por muy hermosas que nos parezcan, por mucho que nos hagan soñar y nos inviten a recorrerlas con nuestro pensamiento, y lo que es peor, adoptar la doctrina desde la que han nacido precisamente para servir a su propia causa, sería no “duro” sino vano esfuerzo. El “momento” auroral nace en el corazón del hombre en cualquier ocasión, sobre todo cuando, como querría precisamente Vygotski, pensador del carácter colectivo del lenguaje, el individuo halla su propio espejo en los ojos y el espíritu de otro y, sin convertirlo en objeto, lo adopta fraternalmente¹².

¹¹ Al cerrar corrigiendo por última vez estas reflexiones, leo que Nélida Piñón, poco antes de recibir en Premio Príncipe de Asturias, declara en el diario *El País* (20-10-05, p. 35) que “el arte surge de la visión del mal”, pero también de la compasión, de la angustia y de las injusticias.

¹² Cuánto sentimos hoy sus admiradores, que más de medio siglo después de su azarosa muerte, Vygotski no haya podido ver confirmadas sus teorías con los descubrimientos del equipo de Giacomo Rizzolatti de la Universidad de Parma, acerca de las “neuronas espejo”, que hacen precisamente que el individuo se ponga “en el lugar del otro”. Algo que los seguidores de Vygotski, como el malogrado Angel Rivière, estudiaron en psicología como “Teoría de la Mente” sin sospechar siquiera que su tesis podría estar respaldada algún día por una realidad neurobiológica.

El poeta no hace poesía para sí mismo, recoge lo que reflejan los espejos que duermen en el lecho del mar sirviendo de almohada a los marinos muertos al inclinarse peligrosamente por la borda para escuchar el canto de las sirenas, el único canto —del que nos privó Ulises al tapar con cera los oídos de sus tripulantes y guardar el sentido del canto para sí—, que quizás podría contener alguna verdad, pues procedía directamente del rugido de la mar entre las rocas y del viento entre las vergas, del crujido de las cuadernas de las frágiles naves sobre las que el hombre siempre se ha embarcado osando saber qué hay “más allá” de nada.

En ese intento puede que el poeta encuentre y transmita la dulzura de los versos de Bécquer a su amada, la utilización mágica del Dante con su Beatriz, o el oro que creyó descubrir a cada momento Petrarca en su Laura; pero también acaso la carroña que Baudelaire, Jouve, Manrique, Nerval o Poe sabían que constituía en el fondo el objeto amado, hecho al fin y al cabo de la espesa color verde de la podredumbre— aunque ésta sea en la alquimia color de la vida, con toda razón— única *creadora*, biológicamente hablando.

No en vano un cuervo, monótono —acaso el que puso *un huevo fruto del viento en la noche de alas negras*— tiene la respuesta a las dudas del propio Poe, que en su poema “The Raven” confiesa que no sabía encontrar las puertas del pacto con el alba, la luz que conduce hacia arriba, al aire fresco, a su Leonor en fin, y suponía que los ruidos que escuchaba sonar eran “sólo eso, y nada más”: un rasguño de uñas, rumor de cortinas, un visitante esperando en el portal, al abrir las puertas de par en par y *ver sombras nada más*. De pronto el poeta quiere creer en lo imposible, y susurra: “Leonor...” pero duda de nuevo y pregunta al “Centinela de Seir” :

¿Cuál es tu tétrico nombre en el Erebo infernal?

Y dice el cuervo: “Nunca más”. De nada sirve decirle al diablo alado que no hable más, que respete nuestra soledad, que quite el pico del pecho y su sombra del portal, pues el negro cuervo continuará obstinado, encaramado al blanco busto de Palas que hay en el portal, y su sombra se despeñará como un aura fantasmal. “Mi alma —termina Poe, ya convencido y seguro, su poema— de esa sombra que allí flota, fantasmal, no se alzaré... ¡Nunca más!

No busquemos pues las sombras, poetas, y si lo hacemos, sepamos ver que sólo son aquello que oculta la realidad más inmediata interponiendo nuestro cuerpo con la luz. No olvidemos nunca el texto del cruel Aristófanes en “Las Aves”: “En el seno de los abismos infinitos del Erebo, la noche de alas negras, antes de todo, puso un huevo fruto del viento. De este huevo, pasado el tiempo, salió el deseable eros”. La noche de alas negras vuela, aunque sea un solo instante, a la par del día. Una sola vez, pero Nunca Más. Hallemos el pacto con las auroras que sobrevienen a cualquier hora del día o de la noche, sin momentos mágicos, por mucho prestigio que tengan los viejos palimpsestos, por mucha norma que nos hayan transmitido las distintas paideias que han querido organizarnos, no para que impidamos matar a otros, robar, fornicar o suicidarnos,

sino para hacer imposible que pensemos por nosotros mismos. Pactemos solamente con nuestro auténtico padre: Eros.

Debemos recuperar ese pensamiento que nace antes de la dialéctica, antes de que la razón empiece a operar con su reloj despiadado de razonamientos normativos. Recuperar el vibrato de la emoción cuando se encuentra con el lenguaje y se reproduce en palabras, a veces, aparentemente, sin sentido. Y transmitirlas a otro, ya esté situado su espejo frente a nuestra mente o si no, procurando buscar el ángulo adecuado en la forma y la postura que sea necesaria, ya fuere en forma de idioma, signo, color, espacio o sonido, para que alcance, cómoda o duramente, la bóveda cordial del otro: Siempre, siempre hacia arriba y al aire puro. Siempre más allá. Más allá de nada.

Equinoccio de otoño, 2023

Miguel Veyrat, Sevilla